

¿QUÉ SERIA?...



I



o no lo sé, lector; y por si tú puedes adivinarlo, con sus pelos y señales te lo cuento.

Ello sucedió allá por los años de 18\*\*, cuando en cierta parte del mundo amenazaba á la Compañía, una de esas crueles persecuciones, que le dejó por herencia su Santo Padre Ignacio; aquel varon insigne que si no hubiera subido á los altares por su santidad maravillosa, hubiese alcanzado la gloria de las estatuas por su exquisita prudencia. Comprendía bien el ilustre guipuzcoano, que nada enerva tanto las fuerzas morales como la prosperidad; que para levantarse el hombre en toda su pujanza, requiere ser sepultado á tiempos bajo los rigores de lo adverso,

y que presto pierde el soldado sus hábitos guer-  
reros, si la paz llega á enmohecer las arrinconada-  
das armas.

Por eso corre entre los Jesuitas como tradi-  
cion fidedigna, que un día encontró el P. Riva-  
deneira á San Ignacio, entregado á inusitado  
gozo: manifestóle su extrañeza con sencilla  
confianza, preguntándole el motivo de su parti-  
cular contento.

—Regocijáos conmigo, Pedro,—respondió el  
Santo: porque hoy me ha prometido el Señor,  
lo que con tantas lágrimas le he pedido... *Que  
la gracia de la persecucion, jamas faltará á la  
Compañía.*

Cuatro siglos han probado ya y siguen pro-  
bando, cuán fielmente cumple el Señor la pro-  
mesa hecha á su siervo.

Tengo tan presentes los hechos que voy á  
referir, como si ayer mismo hubieran sucedido.  
La catástrofe de Sedan se aproximaba, enlaza-  
da con los sucesos ántes mencionados: Bismarck  
encendía un fósforo en España para pegar fue-  
go á Francia; Napoleon arrojaba el guante en-  
tre las dos nuevas recetas de la muerte, el fusil  
Chassepot y las ametralladoras Cristophe; Gui-  
llermo lo recogía en Ems, gritando ¡*Krieg!*  
¡*Krieg!* (¡guerra! ¡guerra!) y yo, muy enfadado  
con estos señores que tan revuelto traian al

mundo, hacia mi cama cierta mañana de marzo,  
segun prescriben las reglas de la Compañía,  
con el mismo primor y cuidado con que por  
aquel entónces trazaba Moltke, el misterioso  
Moltke, aquel plan de campaña que debía de  
alcanzar en Sedan, éxito tan asombroso como  
el obtenido ántes en Sodowa. Tenia yo entón-  
ces una colcha de zaraza catalana, que formaba  
mis delicias. Su fondo era blanco; pero sobre él  
se destacaban con lujo churrigueresco, grandes  
medallones en que alternaban todos los matices  
del rojo, desde el pimenton hasta el apuntar de  
la Aurora, formando capullos como tomates,  
rosas como rajadas de sandía, y marcos muy vis-  
tosos á graciosas bandadas de cigüeñas invero-  
símiles, y de fantásticos patos. Eran, sin em-  
bargo, animales muy prudentes: jamas turbaron  
aquellas mi sueño cuchicheando en el antiguo  
idioma egipcio de los Faraones, ni me desvela-  
ron éstos con alguno de aquellos filosóficos *rap,*  
*rap,* que pone Andersen en boca de los héroes  
palmípedos de sus cuentos. Puedo asegurar que  
por aquel entónces, dormía yo más tranquilo  
entre aquellas aves acuáticas y viajeras, que  
dormian Guillermo en Ems, Bismarck en Frie-  
drichoruh, y Napoleon en las Tullerías.

¡Ah! no tenia yo temores de aquí abajo, ni  
esperanzas de la tierra, y preparado de antema-

no á lo que Dios dispusiese, ponía los cinco sentidos en tender mi colcha encarnada, delgada por el uso como finísima holandá, cual si de la menor arruga que afease los contornos de sus palmípedos y zancudas, pendiese aquel equilibrio Europeo que amenazaba desquiciarse. En esta operacion, para mí difícilísima, me sorprendió el portero aquella mañana de Marzo, anunciándome que en el recibimiento me esperaba una visita.

Sorprendióme al pronto lo intempestivo de la hora, y creí encontrarme con algun devoto que deseara confesarse. Era el recibimiento ancho y largo en demasía, la mañana lluviosa y oscura, estrechas las ventanas, y la luz penetraba por lo tanto en la pieza, escasa y misteriosa. Al entrar en ella, pude distinguir á lo léjos una mujer, acurrucada en un sofá: lanzaba ruidosos suspiros, movíase de continuo, se santiguaba con rapidez convulsa, dábale golpes de pecho, y extendía ambas manos como en demanda de auxilio hácia un cuadro que habia en frente. Miré al cuadro: era un perro de aguas, sentado con mucha gravedad sobre sus cuartos traseros. Retozóme la risa en el cuerpo y se me desbordó por los labios, al comprender que en la oscuridad de la sala, tomaba la devota al perro de aguas por imágen piadosa.

Mi indiscrecion advirtió á la mujer que no estaba sola, y asustada dió un salto en el asiento, gritó:—¡Jesus!—se santiguó de nuevo, y reconociéndome sin duda al cabo, se lanzó hácia mí como una flecha. Entónces pude advertir que era una feísima vieja, con los ojos saltones, vestida como pudiera estarlo una doncella de casa grande. Acercóse á mí con muestras de grande azoramiento, y extendiendo las manos para volver á cruzarlas á la altura de su rostro, me dijo con grande angustia:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡A la señora se le ha aparecido el diablo!..

¡Lector amigo!... ¿No te ha sucedido nunca en circunstancias solemnes, tristes ó apuradas, sentir á deshora un amago de intempestiva risa, que no hay mordedura de labios que debilite, ni pensamiento triste que enfrene, ni cruel pellizco que contenga, ni esfuerzo humano que impida ese desbordamiento de importuna alegría, que tú mismo juzgas grosero, peligroso, temerario y hasta cruel á veces, y dejas, sin embargo, brotar y correr como torrente de imprudente burla?... Pues eso me sucedió á mi entónces: al oír la inesperada salida de aquella mujer, tuve la crueldad de reirme de su angustia, con una carcajada ruidosa y espontánea, como las de los primeros años de la infancia.

Quedóse ella suspensa y como espantada, cual si hubiese oído reír á un marmolillo, ó entonar una endecha al quicio de una puerta: ignoraba, sin duda, que fuese el Jesuita animal risible. Por dos veces sosegué en mi risa y otras tantas volví á dar rienda suelta á la presa, hasta que llorando ella amargamente, tornó á decir con redoblada angustia:

—¡Sí, Padre, sí!... Se le ha aparecido el diablo... ó quizá fuese un alma en pena... Por eso quiere la señora, que vaya V. allá corriendo, corriendo...

—¿Pero quién es su señora de V.?

—Doña Adela...

—¿Doña Adela qué?...

Aquí pronunció un apellido que se encuentra en los árboles genealógicos de algunas casas de la grandeza: pero que no recordaba yo entónces, unido al nombre de doña Adela.

—No la conozco, dije.

—¡Sí, Padre, si la conocel... doña Adela de M.\*\*

Y titubeando un poco, añadió al cabo muy bajito:

—La Rabina...

—¿La Rabina?... ¡Ya!...

Y mis ganas de reír se desvanecieron como por encanto, pareciéndome ya posible que á la

dama en cuestion se le apareciera el diablo, y aun probable que hubiese cargado con ella en cuerpo y alma: tales cosas le achacaban las lenguas murmuradoras. Lo único que seguía pareciéndome inverosímil era, que la Rabina quisiese ver á un Jesuita en su casa.

—¿Y dice V. que la Rabi..., quiero decir, doña Adela, desea que vaya yo á verla?...

—¡Sí, Padre, sí... Para eso solo me manda... Y lleve V. por Dios, agua bendita!...

—¿Pero qué ha pasado?... ¿Qué ha sucedido?... pregunté deseando adquirir algun dato que me diese luz, en aquel suceso, que no obstante sus grotescas apariencias, comenzaba ya á preocuparme, por hallarse mezclado en él, aquel nombre misterioso de la Rabina. La vieja se llevó las manos á la cabeza, dió un paso atrás, y comenzó á revolver los ojos. Me asusté un poco; porque temí que me iba á responder, como á Macbeth las brujas del bosque.—*¡Una cosa sin nombre!*—Tomando sin embargo alientos, dijo siempre azorada:

—¡Jesus! ¡Jesus!... ¡Una cosa atroz, Padre!... ¡Ni lo sé siquiera!... Yo estaba en la alcoba cepillando la ropa... la señora escribiendo en el gabinete... De pronto, un ruido... ¡pim! ¡pam!, cristales que se rompen, y me veo á la señora en el quicio de la puerta, como una difunta, sin

voz, tiesa, tiesa... ¡Me morí!... Ella decia:—*Allí!... Allí!... mi hermana!... Concha!... Concha!...* ¡Me morí, Padre, me morí, y me encaremé en una silla chillando, como si viera venir miles de ratones!

Y como si viera en efecto llegar la temida plaga, tan aterradora sin duda para ella que como término de comparacion la ponía, comenzó de nuevo á llorar, y á dar vueltas por la sala manoteando.

—Pero señora,—le dije para calmarla. ¿Qué tiene de particular que doña Adela llamase á su hermana?...

—Pero Padre... si su hermana se murió hace hoy seis meses justitos, justitos... Ella es la que se le ha aparecido... Y si no, sería el diablo; Padre, sería el diablo; porque lo que es su hermana, era una santa... ¡Ah, sí, Padre; la señorita Concha, era una santa!...

—¿Pero dijo eso la señora?... ¿Ha contado ella algo?...

—¿Qué había de contar, si ni alientos traía?... Yo chillaba que chillaba, y ella tiesa que tiesa, hasta que—¡cataplum!—se viene redonda al suelo, hecha un ovillo, dando con la cabeza en los rincones como si fuera un corcho... Me morí, Padre, me morí! Acudieron las muchachas, y el aguador, y el mundo entero... Pero es mucha

señora aquella... Y no porque sea mi señora y la sirva yo hace veinte años; pero tiene una correa, y un aguante, y un aquel, como nadie en el mundo... Se encogió, se encogió, y se tuvo firme sin chistar en cuanto vió gente...

—Mariana, me dijo; vete en busca del Cura... Fui á la parroquia... El Cura diciendo Misa de tres, con órgano y todo... ¡Válgame Dios!... Entonces me dijo Juanito Ordoñez, el de la cerería, que en esta casa había un monton de Curas, y por eso vine, Padre, por eso vine! ..

Y aquí soltó de nuevo la rienda á su afliccion, volviendo á llorar amargamente. Yo reflexionaba mientras tanto, pareciéndome descubrir á traves de aquella relacion incoherente y grotesca, alguna cosa grave. Un hecho positivo resultaba de ella, más extraño á mis ojos que la aparicion del diablo ó la resurreccion de la difunta; que la Rabina hubiese mandado llamar al Cura. Quise, sin embargo, cerciorarme ántes de tomar resolucion alguna, y pregunté á su espantada emisaria:

—¿Pero está V. cierta de que la señora le mandó avisar al Cura?...

—¡Sí, Padre, sí!... Con su propia boca me lo dijo... Con esta, que se ha de comer la tierra lo oí yo en la puerta misma de la alcoba...

Y acompañando la accion á la palabra, se

tiraba desapiadadamente de una oreja de elasticidad inconcebible, semejante al sucio pergamino de un antiguo palimpsesto.

Dejé entónces de titubear y me dispuse á seguir á la caduca Ariadna que habia de guiarme en aquel laberinto. Dijele que caminase delante, por no atravesar las calles en tan grotesca compañía, y ella echó á correr, mirando á todas partes, como aquel fantástico personaje de Hoffman, que habia perdido su sombra, volviendo á cada instante el rostro para ver si yo la seguia, tropezando con todas las esquinas, metiéndose en todos los charcos, pisando á todos los perros...



## II



IENTRAS cruzábamos las diversas calles que á casa de la Rabina conducian, iba yo repasando en la memoria los varios datos biográficos que acerca de esta señora repetia la voz pública. Yo no la conocia, y con ser tan populosa la capital en que nos hallábamos, eran contadas las personas que la hubiesen visto alguna vez de cerca; tan grande era el aislamiento en que vivia. Tan sólo una tarde, volviendo yo con cierto caballero, del famoso hospital de X.\*\*, situado en las afueras de la ciudad, vi por el camino que conduce á las vecinas huertas, una antiquísima y blasonada carretela, forrada de amarillo, y tirada por pacíficas mulas: hundida en los almohadones del testero,

iba una sombra negra, y sentada al vidrio una vieja feísima, de aspecto decente. Mi compañero, que aún vive en Madrid, anciano y achacososo, me aseguró que aquella sombra era la Rabina, y aquella vieja su doncella, ó sea su *diablo familiar*, como la llamaba él en son de burla. Coordinando entónces mis recuerdos, vine en la cuenta de que aquel *diablo familiar* debía de ser la misma estantigua, que en aquel momento caminaba delante de mí, sirviéndome de guía. Las cruces que le habia visto hacer, y la devoción con que se encomendaba en el recibimiento al perro de aguas, me tranquilizaron por completo; si era, en efecto, un diablo familiar, debía de ser un diablo arrepentido, al estilo del Abdiel-Abbadona que soñó Klosstock.

Doña Adela de M.\*\*, conocida en toda la ciudad por el apodo de la Rabina, debía de frisar por aquel entónces, en los setenta años. Su padre, segundon de una casa ilustre, y por extraño caso rico, habia figurado en las Cortes de Cádiz, al lado de Argüelles, Quintana y Torano, y emigrado más tarde á Francia, cuando la reacción de 1823. Allí se habia educado por lo tanto, la entónces tierna Adelita, y vivido en París muchos años, en la época en que el *cerebro de Europa*, convertido en espantosa grillera, daba á luz en el órden literario á los ro-

mánticos de pálido rostro y cabellera de rey merovingio, que aplaudian el Hernani de Víctor-Hugo, y en el social á la segunda dómeda de revolucionarios, que ajustaban las cuentas al usurpador Luis Felipe, lo mismo que se le pueden ajustar al lacayo que estorba en la antesala. Los parisienses habian adelantado mucho; para sacudirse á un rey, tuvieron el 93 que guillotinarlo; para quitárselo de en medio el 48, les bastó sencillamente darle un escobazo.

Brillaban entónces en aquel cielo literario, dos estrellas de primera magnitud, que fueron las amigas íntimas de doña Adela: la llamada *Muse de la Patrie*, Delfina Gay, Madame de Girardin más tarde, y la baronesa de Duvenant, célebre ya por desdicha, con el nombre de Jorge Sand. Estrechaba esta amistad la afición común á las letras, y juntas frecuentaban los círculos literarios y los salones más en boga en el poco escrupuloso París de aquella época, mereciendo de sus admiradores el lisongero nombre de las tres Gracias. Decíase, que en estas tres décimas Musas, se habia inspirado el bueno de Jerónimo Paturot, al describir las tres poetisas que en los salones de la apócrifa princesa de Flibustoskoi, improvisaban, como Corina sobre el Capitolio, una en traje griego, otra con arreos de la Edad Media, y la tercera con botines y

pantalones. No sé lo que habria de verdad en esto: puedo asegurar, sin embargo, que la amistad de doña Adela con Jorge Sand, habia sido, en efecto, muy íntima y constante. Yo mismo tuve en mis manos, muchos años despues, un ejemplar de *La mare au Diable*, que la célebre novelista francesa regalaba á su amiga, con esta tan concisa como expresiva y pedantesca dedicatoria.

*Alteri Ego.*

*Georges.*

Nadie pudo saber nunca, por qué razones habia abandonado la Rabina el bullicio de Paris, quince años ántes de estos sucesos, para venir á enterrarse en la antigua casa de sus mayores, en compañía de una hermana mayor, ciega y viuda de un marino: excelente y sencilla mujer que se pasaba la vida haciendo calce-ta á tientas, y narrando á sus domésticos los extraños viajes que habia hecho con su marido por el Sur de las Américas. Esta era aquella señorita Concha, que segun el dicho de la doncella de doña Adela, habia muerto seis meses ántes.

La Rabina no recibia á nadie, ni salia nunca de casa, como no fuese en carruaje cerrado, á respirar á larga distancia de la ciudad, el puro ambiente del campo. Jamas se habia acercado

en tan largo período de tiempo á recibir los Santos Sacramentos, nunca se la habia visto entrar en la iglesia, y la primera y única vez que habia ido á visitarla el Cura Párroco, habíase negado á recibirlo cortés, pero decididamente. El pueblo, con ese maravilloso instinto con que adivina los caracteres y profundiza los misterios, habíala bautizado con el nombre de *la Rabina*, teniendo en cuenta sus apariencias de impiedad y su fama de literata. Decíase entre la gente culta, que empleaba los largos ocios de su vida, en escribir un libro sobre la emancipacion de la mujer destinado á producir grande ruido en el mundo. Ignoro tambien si esto era cierto: pero sí puedo asegurar, que cuando en 1867 se celebró en New-York el primer *meeting* de señoras, pidiendo para la mujer los derechos electorales, una de las primeras adhesiones de damas extranjeras, que recibió aquel comité femenino con pretensiones de masculino, fué la de la Rabina. Yo mismo leí su nombre, en las listas que publicó entónces *The North American Review*, periódico de Boston.

Mientras repasaba en la memoria estos varios recuerdos, vino-seme á las mientes un pensamiento, en que no me habia fijado nunca. La Rabina habia permanecido siempre soltera, y no obstante el foco de corrupcion en que habia

vivido, lo excéntrico de sus costumbres, y su falta absoluta de ideas religiosas, jamas osó la mordacidad pública hincar el diente, en nada que á su honra se refiriese. Era esto una extraña anomalía, dado el modo de ser ordinario con que suelen encadenarse los vicios; nunca la fea cebolla dió rosas, ni el pardo rábano castas azucenas. Te confieso, lector amigo, que para explicarme esta contradicción, formé entonces un mal juicio: pensé que la Rabina habria sido en su juventud, una de esas forzosas Lucrecias, que llevan la salvaguardia de su honor, en la fealdad de su rostro.

Dimos, por fin, vista á la casa visitada por el diablo, y debo aquí confesarte, lector discreto, otra flaqueza: á pesar de que ya en aquel tiempo, contaba yo con esa seguridad y aplomo que dan al hombre las muchas vicisitudes de una vida azarosa, no pude menos de experimentar, á la vista de aquel caseron destartalado, una especie de inquieta zozobra, semejante á la del escolar desaplicado que va á examinarse, ó á la del alcalde de montera que se prepara á pronunciar el discurso de recepción á un gran personaje. Era la casa antigua, con gran escudo de armas sobre la puerta, zaguan empedrado, con sendas escalerillas laterales que conducian á los entresuelos, y enorme porton de roble la-

brado en el fondo. Pareció éste abrirse por sí solo, como si nos esperasen, y atravesamos entonces un magnífico patio, una espaciosa escalera de mármol, y una galería larga y anchísima, todo destartalado, sucio y desprovisto de muebles y adornos, como si nadie habitase en aquel verdadero palacio. Una cosa ví, que seria realmente casual; pero que no por eso dejó de parecerme muy extraña en aquel momento. Ningun ruido se oía, ningun ser viviente se divisaba por ninguna parte: tan sólo encontramos en el primer tramo de la escalera, sentados en correcta formación sobre el último peldaño, tres gatos negros que fijaban en mí sus redondos ojos, con importuna fijeza: al acercarme yo, precedido de mi guía, pusiéronse en pié al mismo tiempo, arquearon el lomo, empinaron á compas el rabo, como para darme la bienvenida, y echaron á correr maullando lastimosamente. Acordéme de nuevo de las brujas de Macbeth, y traduciendo al inglés sus maullidos, parecióme que venian á significar el mismo estribillo misterioso que pone Shakespeare en boca de aquellas:

¡*Double, double toil and trouble:*

¡*Fire, burn; and, cauldron, bubble!*... (I),

(1) ¡Doble trabajo: doble fatiga!

¡Arda el fuego y hierva la caldera!

Repito que lo tuve por casualidad: pero me hizo aquello poquísima gracia. Veíase en el fondo de la galería una mampara roja, y ante ella se detuvo mi guía, abriéndola de par en par, y diciéndome cortésmente, sin llorar ya, pero haciendo aun algunos pucheros.

—Éntre, Padre, éntre, que voy á avisar á la señora...

De la mampara á dentro, la decoracion variaba por completo: halléme entónces en un saloncito cuadrado, digno de cualquiera elegante parisiense de tiempos del Directorio: tan sólo faltaba, para que la ilusion fuese completa, alguna *Merveilleuse*, sentada en el sofá romano, de caoba y metal amarillo, que ocupaba la testera. Algo que á esto se aproximaba, se veía por las paredes: fijéme desde luégo en un retrato de hermoso colorido, que representaba á una mujer de treinta á cuarenta años. La reconocí al punto: una mano que no era la del pintor, habia escrito en torno del busto, la célebre frase atribuida á Manon Phlipon, Madame Roland, cuando al subir al cadalso divisó á lo léjos la estatua de la libertad.

—¡Libertad!... ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

—¡Bella frase!—pensé yo. Lástima grande que no se le ocurriese á la famosa republicana,

hasta que le tocó á ella la suerte de morir en la guillotina.

Frente á este retrato habia otro de época más reciente, y de muy inferior mérito: representaba á un jóven pálido, de frente elevadísima, negra y larga cabellera, corbatin alto hasta las orejas, y ajustada levita. Era Víctor-Hugo, en los tiempos en que escribia dramas románticos.

Un tercer retrato, obra acabadísima de arte, que bien pudiera ser de David en sus mejores tiempos, ocupaba el testero. Veíanse en él dos figuras: una señora vestida de blanco, sentada en un jardín, sobre un banco de musgo: tenia un libro en la mano, en el cual parecia leer, declamando al mismo tiempo. En la portada del libro se leía: *Ledia*.

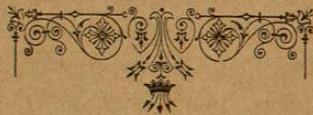
—¡Ledia!—dije para mí. ¡La novela que no se atrevia á leer á solas Châteaubriand, con ser tan poco propenso á escrúpulos, no obstante su poético misticismo!... ¡La obra más pérfida de Jorge Sand, aquel desdichado ingenio femenino, que tanto veneno supo derramar por las puntas de su bien cortada pluma!...

A los pies de la novelista francesa, pues ella era, en efecto, habia tendido en tierra un gallardo mancebo, que con la hermosa cabeza apoyada en las rodillas de la dama, parecia es-

cuchar atentamente su lectura, con una pipa encendida en los labios... Imposible me fué adivinar, quien fuera éste: porque imposible era reconocer en las graciosas facciones de aquel, al parecer muchacho, á la Rabina misma, á la vieja setentona que en aquel momento iba yo á contemplar por primera vez frente á frente.

Una puertecilla perfectamente disimulada bajo el papel verdusco que tapizaba las paredes, se abrió en efecto, y apareció de nuevo mi Ariadna, diciéndome con el continente azorado de siempre:

—Éntre, Padre... La señora le está esperando...



## III



ENTRÉ sin vacilar, y me detuve sorprendido en la puerta... Porque no era la Rabina, aquella caricatura de literata que yo me habia figurado, fea y negra hasta sudar tinta, como decia Luis XIV de Mademoiselle Scuderi, la escritora de su tiempo. Léjos de eso, conservaba aquella mujer los restos de una arrogante belleza, que aventajaba en mucho á la vaporosa de Delfina Gay, y no podia compararse con la vulgar presencia y los ajuanetados carrillos de Madame Sand, la otra tercera Gracia.

Estaba hundida en una gran poltrona de raso encarnado, junto á una chimenea en que ardía